

Transversalidad

**DE LA JUSTICIA, LA PAZ Y
LA INTEGRIDAD DE LA CREACIÓN**



TRANSVERSALIDAD DE LA JUSTICIA, LA PAZ Y LA INTEGRIDAD DE LA CREACIÓN

Si los valores de la Justicia, la Paz y la Integridad de la Creación son parte constitutiva de nuestra identidad franciscana, atraviesan toda la espiritualidad expresada por nuestra forma de vida, es decir, *“no solo es una actividad más entre otras: parroquias, colegios, pastoral juvenil, misiones, voluntariados, etc., sino que es una dimensión esencial de nuestra vocación, como la oración, la fraternidad, la minoridad, la evangelización”*. En consecuencia, JPIC se nos presenta como un modo de vida que debe ser animado y promovido entre las hermanas tal como las otras dimensiones que hemos mencionado.

Veamos ahora cómo se traduce un poco más concretamente esto de la transversalidad de los valores de JPIC.

- A. QUE VIVIR LOS VALORES DE JPIC** afecta a la oración, la fraternidad, al modo de ver la realidad, a la economía, al estilo de vida, a la misión...
- Vivir los valores de **JPIC** hace que **en la oración y en la Eucaristía** estén muy presentes las realidades de nuestro entorno, de nuestro país y de nuestro mundo; que apliquemos la Palabra a esas realidades, que leamos la Escritura desde los pobres, que los tengamos muy presentes en nuestras reflexiones y acciones.

- Vivir la JPIC lleva a **fomentar la paz** en el trato mutuo de las hermanas, a aprender a resolver los conflictos en forma no violenta, a vivir el perdón y la reconciliación.
- Vivir la JPIC nos lleva a que en la **evangelización** demos la prioridad al testimonio de vida personal y comunitario, pues *“es ya un cierto comienzo y el primer modo de evangelización, que puede y debe ser ofrecido por todas las hermanas...”*; y para que haya un testimonio auténticamente evangélico se debe vivir la solidaridad con los pobres y el trabajo por la justicia, la paz y la integridad de la creación.

B. Y VICEVERSA, que JPIC no se puede vivir si no es desde el **encuentro personal con Jesucristo**, sin la **escucha de Dios en la Palabra, en la Iglesia, en las personas, especialmente en los pobres, y en los acontecimientos**; que JPIC no puede ser labor de solitarias, que se realiza independientemente de la Comunidad, sino desde la **vivencia de la Fraternidad** hacia dentro y desde la búsqueda, el discernimiento y el proyecto de vida comunitario; que JPIC ha de vivirse desde la sencillez y la alegría.

En consecuencia, la transversalidad de los valores de JPIC, por un lado, se dan como “automáticamente” puesto que son parte del discurso y anuncio de Jesús y, por tanto, son esenciales al carisma, es decir, van más allá de la actividad, están por sobre el “hacer”, pero no desvinculado de él; al contrario, la transversalidad de los valores de JPIC deben informar la propia vida de la hermana, para posibilitar que ese “hacer” esté en plena sintonía con el carisma y los desafíos - en la medida que somos capaces de leer los signos de los tiempos- que nos plantea el mundo en la actualidad, sobre todo desde una lectura de la *Laudato si’*.

FORMACIÓN INICIAL Y PERMANENTE

La formación es una de las principales herramientas para lograr los objetivos de la vida franciscana, es decir, *“llevar una vida radicalmente evangélica en espíritu de oración y devoción y en comunión fraterna; a dar testimonio de humildad y sencillez; y, abrazando en la caridad a todos los hombres y mujeres, a anunciar el Evangelio al mundo entero, a predicar con las obras la reconciliación, la paz y la justicia y a mostrar un sentido de respeto hacia la creación”*.

Cuando hablamos de formación, hacemos la distinción entre permanente e inicial. Sin embargo, no debemos olvidar que el sustantivo para ambos casos es “formación”, la esencia de ambas. Por lo tanto, cuando hablamos de formación no debemos solo pensar en el proceso de formación inicial, como a menudo sucede, sino en un proceso que consiste en dejarse formar de la forma del Evangelio durante toda nuestra vida.

En este proceso, *“la hermana, bajo la acción del Espíritu Santo es la protagonista principal de su propia formación y responsable de asumir e interiorizar todos los valores de la vida franciscana, capaz de autonomía e iniciativa personal”*. Por cuanto un gran desafío para la animación de los valores de JPIC en la Formación es partir de lo que cada una es y tener la capacidad de conocerse a sí misma en la búsqueda de la voluntad de Dios.

Cuando decimos que la hermana es la primera protagonista de su propia formación franciscana no significa

se puede hacer solo aquello que se quiere, es decir, no se trata de hacer lo que a mí se me antoja, sino decidir conforme a Cristo y en el servicio a los hermanos. En positivo, cuando decimos que la hermana es la primera protagonista, asumimos que es insustituible en su propio proceso. Debe tomar conciencia que los valores de JPIC son elementos fundamentales de nuestra forma de vida.

Si cada hermana es protagonista de su propia formación, el lugar donde se desarrolla este proceso es la propia, es decir, la vida cotidiana de la comunidad, la vida de oración, las reuniones, los retiros mensuales, los paseos, el trabajo doméstico..., más que cualquier actividad extraordinaria de formación.

Si somos consecuentes con el principio de “formación desde la propia vida”, en primer lugar, debemos reconocer como desafío que nuestras relaciones al interior de la vida fraterna deben ser vividas en justicia y paz. Tanto al interior a nivel interno, en la propia comunidad, como ad extra con todos aquellos que nos encontramos. Algunos casos concretos en nuestras relaciones de vida fraterna. Por ejemplo, en el uso del dinero y de las cosas, en las relaciones entre hermanas y laicos, entre quienes trabajan fuera de casa o dentro de ella, etc. En estos casos ¿se viven relaciones marcadas por la justicia? Este tema está muy asociado a la paz al interior de una comunidad, porque la paz no tiene que ver con mantener una “fraternidad en paz” donde no se confronta la vida con la otra, donde “no te toco, no me tocas, entonces vivimos en paz”.

En estos casos es muy importante el testimonio que se pueda dar. Pues para establecer relaciones fraternas justas que propicien una verdadera paz, basada en la verdad, la justicia, la misericordia y el bien común, necesitamos tener hermanas formadas desde el corazón, no solo con libros, cursos y seminarios, sino hermanas capaces de responder al llamado del evangelio, con su conciencia, con su vida. Bajo esta misma lógica se deriva en la vivencia de la justicia y la

paz ad extra, por ejemplo, con los trabajadores dependientes de nuestras comunidades, con los voluntarios de nuestras obras de evangelización, etc.

En el caso de la formación hacia el respeto de la creación, necesariamente debemos partir de la vida cotidiana. Se reafirma nuevamente que este proceso en la vida de la hermana y de la fraternidad debe ser vivido desde la propia experiencia. Si no estamos convencidas desde nuestra fe y espiritualidad que somos parte de la Creación y que hoy urge tomar acciones concretas a favor de la hermana madre tierra, solo realizaremos acciones que no van más allá de la anécdota o del “me gusta” en la red social Facebook que poco o nada nos comprometen en una ecología integral.

MISIÓN Y EVANGELIZACIÓN

La evangelización está marcada por el testimonio de la propia vida. Por cuanto está íntimamente ligada al punto de la formación. En este sentido, si vivimos un proceso de formación responsable y consciente que cada acto de la vida cotidiana es formativo, en consecuencia, cada acto de la vida cotidiana se transforma en testimonio evangelizador. Por deducción, podemos concluir que cada acto de la vida cotidiana que no es formativo, se convierte en un anti testimonio de evangelización y de paso, en un hecho contraproducente para el Cuidado de la Pastoral Vocacional, que en la actualidad tanto nos preocupa.

El testimonio de vida o proclamación silenciosa del Reino de Dios es ya un cierto comienzo y el primer modo de evangelización, que puede y debe ser ofrecido por todas las hermanas, jóvenes y ancianas, sanas y enfermas, (cfr. C 94)

Por cuanto, debemos ayudar a recuperar la conciencia de que el testimonio de vida de hermana está en la base de la evangelización, esto nos ayudará a pensar las formas de evangelizar más allá de la acción. ¡No podemos desconocer que el desafío es hablar del Reino de Dios con la propia vida, vivir lo que proclamamos!

A partir del reconocimiento de la forma originaria de evangelizar de la espiritualidad franciscana y sin olvidar la importancia del testimonio de vida, podemos pensar en cómo relacionar los valores de JPIC con el trabajo concreto de animación de la dimensión evangelizadora y misionera de nuestra espiritualidad.

Tal vez podemos soñar con nuevas comunidades y resignificar alguna presencia o abrir una nueva, teniendo en cuenta los valores de la JPIC, importancia de la vida de oración y de la escucha de la Palabra, el cuidado de las relaciones fraternas, un estilo de vida simple y testimonial, acoger y compartir con los más pobres, la itinerancia, la comunión con la iglesia local, apertura a la colaboración con la familia franciscana, y además en el concepto de estilo de vida, le sumemos la sustentabilidad y el respeto por la casa común. Sería un gran proyecto a desarrollar en algunas comunidades.

